III

Vaqueril y familia.

No siempre las espadas han sido triunfos en mi Estado natal; algunas ocasiones ha tocado su vez á los oros, y aún ¡guardénos Dios! á las mismas copas. En la época á que mi narración se refiere, para no dejar fuera de juego ninguno de los palos de la baraja, parece que dominaban los bastos.

No podía en efecto, serlo más el Señor Don Sixto Liborio Vaqueril, que sin saber cómo ni cómo nó, se dió el día menos pensado un tropezón con el sillón del Gobierno, se sentó en él sin darse cabal cuenta de lo que le acontecía, y acostado la noche anterior en su ca-

ma, como simple Vaqueil amaneció con el águila de la República posada sobre la coronilla. Observóse desde entonces, al decir de Pepe Rojo, que su tez, bastante anochecida, adquiría ciertos reflejos del amanecer; sus ojos hundidos bajo cavernosa bóveda sombreada por cejas ásperas, tomaron fulgores de inteligencia; el hablar fué menos gangoso; los movimientos más desembarazados, menos mal llevado el vestido, y un punto menos arrugada la piel, por virtud de algún medro de las escasísimas carnes.

¡Extraordinaria virtud la del encumbramiento inesperado! Aun la misma Señora Doña Eulalia Sequedal de Vaqueril, llamada *la Gobernadora*, hubo de sentirla en su organismo, puesto que dulcificó su carácter en cuanto este fenómeno era posible. Disminuido el hueco de las encorbadas clavículas, matado el filo de la mandíbula inferior, y algo redondeadas las puntas de los pómulos, acudió la señora al cabello, prematuramente escarchado (según decía á las de confianza), con alguna tintura de buena clase que, emborronando las cifras, ponía en duda si los

años de la gobernadora eran cuarenta ó cincuenta.

En veintidos años de conllevar las penas de la vida, habían tenido varios chicos que prometian ramoso árbol genealógico al linaje Vaqueril. Tenía veinte abriles Candelarita, que no podía negar el entronque, según se asemejaba á Doña Eulalia física y moralmente; diez y ocho Conchita, muchacha simpática y no fea, aunque sin la belleza que por natural hipérbole se la atribuía; después seguía Sixto Liborio, hijo, con cuatro años menos que su hermana, por haber habido entre uno y otro algunas fallas inevitables, y terminaban la familia José María y Panchito, este último con siete años, muchas majaderías y muy poca educación.

El Sr. Vaqueril era un buen sujeto, *hombre de orden* y adicto al Gobierno general, condiciones sobradas para ser mantenido en su elevado puesto. A decir verdad, el Estado no le quería mal, aunque tampoco bien; y se contentaba con no hacerle caso. Y como no gobernaba, se cuenta que un ministro dijo alguna vez á un diputado:

—Vaqueril es un buen gobernador.

Dos personas le habían amargado un poco la vida: su mujer y el Lic. Pérez Gavilán. La primera con su celosa manía, no del todo infundada; porque aquel modelo de hombres públicos tenía la debilidad de gustar demasiado de lo bello á pesar de sus cincuenta y seis años. El segundo con su oposición sistemática, manifestada unas veces en un empleo federal, después en un periódico llamado *La Conciencia Pública*, y últimamente en una insurrección que, aunque de poca monta, afligió mucho al prudente gobernador, y dió por resultado una transacción, que trajo al Congreso del Estado y á otros empleos á varios amigos del revoltoso Gavilán.

En este Congreso que acababa de reunirse, figuraba el joven Labarca, quien además de las instancias de su padre al Gobernador, tuvo en su pró el dictamen de Doña Eulalia y el apoyo vergonzante de Candelarita. Miguel era, además, ahijado de bautismo de D. Sixto Liborio, y en fuerza de tantas y tan favorables circunstancias, no sólo llegó á diputado sino que además, su padrino le encomendó el

despacho de su correspondencia privada. No devengaba sueldo alguno por este trabajo pues aun no estaban en uso los secretarios particulares, que hoy han llegado á ser indispensables aun para los mismos prefectos; pero Miguel, tomando á pechos su carácter de consejero extraoficial, se creyó que había de influir en los negocios del Estado, y que estos no podrían menos que caminar admirablemente.

No era Miguel un vanidoso insufrible, aunque tenía la idea de su talento más encumbrada que el talento mismo; y baste para demostrar lo primero, que muy á poco de trabajar á su lado, me tuvo más que por un empleado subalterno, por amigo de cierta confianza. Y como que yo no pretendía valer nada, las bondades y aun confidencias del joven me sedujeron de tal manera, que tenía que hacer un grande esfuerzo para soportar los frecuentes discursos que Pepe me enderezaba en cada comida referentes á mi jefe. Un día que me acaloré algo en la defensa de Miguel, el estudiantón acabó por decirme mirándome fijamente y con aire de lástima:

—Voy creyendo que es vd. un muchacho de esperanza.

Y me derrotó.

En mi oficina era yo el único escribiente, y sólo en casos graves se llamaba en mi ayuda á Clemente. Cuando el diputado me dictaba, realmente se ponía algo serio, paseándose pesadamente á lo largo de la oficina; atizaba el puro con frecuencia; se pasaba la mano por la frente, apartando los grandes rizos, y se detenía frente á mi mesa, apoyábase sobre ella con las manos y frunciendo ligeramente el ceño, seguia con la vista los rasgos de mi pluma.

A las nueve de la mañana, llegaba el Sr. Gobernador, tomaba asiento frente á una mesa, y colocado junto á él, el joven recogía de memoria las instrucciones de aquèl para contestar la escasa correspondencia. Con frecuencia no habia cartas que contestar, y ambos charlaban sobre esto ó lo otro, sin cuidarse de mi, fiados no en mi discreción sino en mi nulidad.

Si en aquel momento un mozo de aseo se acercaba á Miguel para decirle que Don Fu-

lano deseaba hablar con él, el joven contestaba gravemente:

—Diga vd. que *estamos en acuerdo.*

Y más de una vez me decía á mí: *estamos proyectando*, *hemos pensado*, *tenemos algunas dificultades*, etc., etc., tropo muy usado entre periodistas y dependientes de mostrador, que jamás hablan en singular, el cual ha ido haciéndose común entre todos los que aspiran á representar algún papel que no es el suyo.

Para mí iba siendo mi nueva posición toda de vida y dulzura, y así lo fué durante algunos dias.

Cierta mañana, después de contestar dos cartas en que otros tantos sujetos solicitaban algún empleillo, recibí la agradable sopresa de ser visitado en mi oficina por el Oficial Mayor del Congreso y Clemente, sin poder de pronto explicarme el motivo de aquella honra inesperada. Pero el Oficial Mayor no me dejó cavilar mucho tiempo, pues tras breve saludo, me presentó ¡oh asombro! una circular suscrita por todos los señores Diputados, sin faltar uno, en la cual se invitaba á los

amigos sinceros del Sr. Gobernador á que contribuyeran con algún donativo para el banquete que debía darse en obsequio de *aquel hombre ilustre*, el día de San Liborio que estaba próximo.

Creo que me puse pálido, y apenas recuerdo que en la tal circular se enumeraban algunas de las muchas virtudes del Sr. Vaqueril. Sin duda dije alguna necedad por contestar algo; pero al fin pude fingir una sonrisa de amabilidad, y el jefe de la comisión encargado de *correr* la circular, me presentó una lista ya algo grasosa y gastada de las esquinas, en que con toda clase de caracteres estaban escritos los nombres de casi todos los empleados, y al margen una cifra por cada nombre, con la palabra *pagó* la mayor parte.

Comprendí lo que significaba aquella telaraña, escribí mi nombre, y consultando el bolsillo y avergonzado de no ser de los más dadivosos, puse al margen el número entero que preside á la Aritmética, agregué la anotación aquélla, y *pagué*, aunque hasta hoy no me explico cómo se usa de este verbo cuando no se debe nada.

Cuando la comisión se retiró, volví en derredor la vista, y los muebles, los tapices y las cartas, objetos todos con los cuales me iba encariñando, como buen oficinista, me causaron cierta repugnancia. Parecióme también que toda la ciudad me había visto dar aquella moneda, y no sé por qué me dieron ganas de esconderme detrás de una cortina.

Dos ó tres días después, comenzaron á celebrarse juntas á que asistian solamente los empleados de cierta categoría, y en las cuales se trataba del banquete. Nombráronse las comisiones necesarias, como las de ornato, de invitación, de *menu*, etc.; y de algunas se dijo que habian sido solapadamente solicitadas ó ganadas con maña por ciertas personas, ignoro con qué objeto.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

IV

San Liborio.

NUNCA había yo imaginado regocijo tan grande ni demostraciones tan entusiastas como las que el día veintitres de Julio sorprendieron mi candidez *pedreña* y asombraron mis sentidos. El orden del programa no difería esencialmente del que cada año se observaba en mi pueblo el diez y seis de Setiembre: pero el ruido, el barullo, el ir y venir, el cuerpo en general de todas las cosas y de todos los actos, crecía en la capital